



Universidad de la República
Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado
Monografía

**Retorno al goce autoerótico: la práctica de la
toxicomanía desde el Psicoanálisis**

Antonella Duarte Vargas
C.I: 5.073.954-8

Tutor: Prof. As. Mag. Marcelo Novas

Revisora: Prof. As. Mag. Verónica Pérez Horvath

Octubre, 2022
Montevideo - Uruguay

A mis padres, por su apoyo incondicional. Por enseñarme el valor del trabajo y dedicación. Por abrir el camino y permitirme ser.

A Micaela y Macarena, que encarnan el valor de la amistad. Por la escucha y la risa.

A Santiago, por acompañarme en el camino. Por el tiempo y el encuentro.

A Marcelo, por su guía en momentos claves de la licenciatura.

A ellos ¡Gracias!

“Se trata en cierto modo de una detención del deseo en una narcosis que mantiene los términos de una indecibilidad, anestesiando el sufrimiento”.

(Le Poulichet, 1987, p. 136)

Índice

Resumen	pág. 4
Introducción	pág. 5
Una mirada al pasado	pág. 7
Phármakon como respuesta.....	pág. 7
¿Sustancia o sujetos?.....	pág. 9
Aparición del término toxicomanía.....	pág. 10
La sustancia y sus efectos.....	pág. 11
Consumo de sustancias y su abordaje desde la psiquiatría	pág. 11
El consumo como trastorno.....	pág. 11
Toxicómanos y Toxicomanías.....	pág. 14
La propuesta del Psicoanálisis sobre las toxicomanías	pág. 16
Sentimiento oceánico	pág. 17
Principio de realidad	pág. 18
Ser-Uno con el Todo	pág. 18
El malestar y sus “calmantes”	pág. 19
Intoxicación como escape	pág. 20
La cultura de la culpa	pág. 21
Angustia y Superyó.....	pág. 22
Adicción primordial.....	pág. 23
El lugar del Otro	pág. 24
El “desenganche”	pág. 25
La operación del phármakon.....	pág. 26
Del discurso del amo al discurso capitalista	pág. 26
El imperativo actual de goce.....	pág. 28
Reflexiones finales	pág. 30
Bibliografía	pág. 32

Resumen

El presente trabajo pretende dar cuenta de los aportes del psicoanálisis al estudio de la toxicomanía y su práctica. En un primer momento, se realizará un breve recorrido histórico sobre el consumo de sustancias y la función del tóxico a partir de la era pagana. El objetivo de dicho apartado, será dar cuenta de los usos y su vínculo con la actualidad. Continuaremos con la presentación de los estudios desarrollados desde la psiquiatría al respecto de la temática, a modo de presentar el contraste con los aportes del psicoanálisis y su abordaje. En última instancia desarrollaremos, a partir de los trabajos elaborados principalmente por Freud y Lacan, la propuesta del psicoanálisis. Nos apoyaremos también en otros autores que puedan enriquecer el estudio de la temática.

Palabras clave: toxicomanías, psicoanálisis, goce, autoerotismo, desenganche, discurso capitalista.

Introducción

El consumo de sustancias ha acompañado al ser humano a lo largo de la historia. Se trata de una práctica atemporal, sin embargo, podemos pensar los usos desde el contexto de cada época. El presente trabajo tiene la intención de estudiar la toxicomanía principalmente a partir de los aportes del psicoanálisis, antes de eso, podemos comenzar con una definición. Toxicomanía: “Hábito patológico de intoxicarse con sustancias que procuran sensaciones agradables o que suprimen el dolor”.¹ Suprimir el dolor, la angustia, ¿hábito patológico? ¿no es acaso la búsqueda fundamental del sujeto? Desde ya podemos ver el doble rol que desprende el consumo a partir de esta definición. Producir placer o suprimir el *malestar*.

Como veremos más adelante, el *malestar* es propio de la cultura en la cual está inmerso el sujeto. Es inevitable. El consumo constituye una práctica que, en principio, obraría como salvavidas. Como respuesta frente al malestar.

Si nos referimos al estudio del consumo, seguramente nos encontremos con aportes de varias disciplinas que, a diferencia del psicoanálisis, buscan dar respuestas generales. Pareciera que nos encontramos frente a fórmulas perfectamente aplicables a todos. Pensar al sujeto en su singularidad, en su contexto, nos permite acercarnos aún más al núcleo del consumo. ¿Acaso el sujeto no sabe del carácter mortífero de su práctica? Teniendo presente que el psicoanálisis busca dar cuenta de lo singular, es que pretendemos indagar al respecto de los usos del tóxico para cada sujeto. Aproximarnos a cómo esto se configura en el psiquismo, más allá de las repercusiones a nivel orgánico. Poder distinguir entre toxicómanos y toxicomanías, nos permite realzar la singularidad, evitar que la misma se desdibuje.

Los efectos del consumo a nivel orgánico son innegables, la práctica de la toxicomanía constituye sin dudas una apuesta arriesgada. Es por esto que resulta necesario pensar sobre qué es eso que lleva al sujeto a aceptar el carácter mortífero de su práctica y aún así sostenerla. Una respuesta frente al malestar. Y ese malestar, como hemos dicho antes, resulta inevitable.

¹ Definición de la RAE. Recuperado de: <https://dle.rae.es/toxicoman%C3%ADa>

Si el consumo de sustancias data de tiempo atrás, es preciso realizar un recorrido por los usos a través del tiempo. ¿Son tan diferentes en comparación a épocas anteriores? ¿Evitar el displacer es el eje común entre los sujetos a través del tiempo?.

La toxicomanía se presenta como una problemática de actualidad, que lejos de mejorar, cada vez encuentra más lugar en la estructura psíquica. El abordaje de esta problemática a partir del psicoanálisis constituye una postura ética. Postura ética frente al malestar del otro, frente a su angustia.

Habiendo dicho esto, damos paso a la propuesta. De todos modos, comenzaremos con una breve historización sobre el consumo.

Una mirada al pasado

Como lo hemos mencionado, la relación entre las personas y el uso de sustancias psicoactivas data de miles de años atrás, o inclusive se trata de una práctica más que habitual. Escohotado (como se citó en Naparstek, 2005, p.11) dice: “Salvo comunidades que viven en zonas árticas, desprovistas por completo de vegetación, no hay grupo humano donde no se haya detectado el uso de varios psicofármacos (...)”.

Desde la antigüedad contamos con el concepto de *Phármakon*², el cual es de origen griego, y se utiliza para denominar tanto el remedio como el veneno. Esta palabra de doble función, podría evidenciar la realidad del consumo de sustancias para muchos sujetos. Comenzaremos entonces con una breve historización sobre el consumo. ¿Acaso los motivos que llevan a un sujeto a consumir en la actualidad distan tanto de los de sus antecesores? La intención de este breve recorrido es dar cuenta de las lógicas de consumo a través del tiempo y cómo éstas pueden estar relacionadas con la práctica actual.

Phármakon como respuesta

Si nos remontamos a la era pagana, puntualmente al siglo IV a.c, contamos con una serie de rituales que involucran la utilización de distintos elementos de origen orgánico para la práctica de la medicina. Si bien se pretendía establecer una diferencia entre la medicina más tradicional de esa época y aquellos rituales de carácter “mágico”, la misma no resultaba tan clara. Tomando en cuenta lo planteado por Escohotado en *Historia general de las drogas* de 1998, podríamos decir que inclusive en la medicina más ligada al racionalismo de la época, se podían ver ciertas similitudes con los rituales. Menciona: “Platón hace decir a Sócrates que el *phármakon* devolverá la salud si al usarlo se pronuncia el ensalmo oportuno” (p.21).

El factor común entre los sujetos de la época antigua es el miedo a ser impuros, seguido por un deseo de purificarse. Considerando el principio de enfermedad como castigo de la época, los rituales de sacrificio toman lugar central

² Escohotado, A. (1998). *Historia general de las drogas* (7a edición). Madrid: Alianza

en las prácticas. La búsqueda es eliminar la impureza y lograr la unión entre lo humano y lo sagrado. Escohotado (1998) propone dos modelos claros, por una parte el sacrificio de una víctima a favor de una entidad divina a modo de regalo, siendo el objetivo principal saldar una *deuda*. Por otra parte, un *banquete sacramental* propuesto como un ritual de unión entre los participantes y la conexión con lo sagrado. La diferencia entre ambos, dirá el autor, radica en que en el primer modelo la iniciativa parte del hombre y se alcanza la *divinidad a través del sacerdote y la víctima*. Mientras que en el segundo modelo la deidad se encuentra encarnada en alguna *planta* y es solo a través de su consumo que se *identifica con ellos* (p. 22-23). Es en este sentido entonces que el uso de sustancias psicoactivas se encuentra presente desde tiempos milenarios. Resulta curioso que en los rituales vinculados al primer modelo, a la víctima se la llamaba *pharmakós* mientras que en los rituales del segundo modelo se utilizaba el *phármakon*. Escohotado (1998) propone una línea de pensamiento basada en la etimología de la palabra fármaco/*pharmak*: “(..) se trata de un término compuesto, con una primera parte que significa «trasladar» y una segunda que significa «poder». En ese caso, fármaco sería «[lo que] tiene poder de trasladar [impurezas]»” (p.28). Por una parte entonces se encuentran los llamados *pharmakós*, aquellas personas que se sacrificaban a merced de un pueblo, al que se suma el término *katharmoi*. En palabras del autor: “(..) un término derivado de *katharós* («puro») y *katháirein* («limpiar», «purgar»), (...) *katharsis* (...)” (Escohotado, 1998, p.29).

El empleo de estas sustancias psicoactivas tenía el principal fin de limpiar lo impuro, eliminarlo. Las mismas adquirían gran valor si su uso lograba no solo purgar distintas partes del cuerpo sino lograr también ese efecto “terapéutico”. Bernays (como se cita en Escohotado 1998, p.29) dice: “*catarsis* significa o bien la expiación de una culpa gracias a ciertas ceremonias sacerdotales o bien el alivio de alguna dolencia por medio de un remedio”. Es en este sentido que el *phármakon* se vuelve el sustituto del humano que sería sacrificado en los rituales del primer modelo, dirá Escohotado (1998) “el *phármakon* era un *pharmakós* impersonal” (p. 29).

Entonces las sustancias psicoactivas que se utilizaban en la época son el factor común entre la medicina tradicional y las prácticas del primer modelo. ¿El fin? aliviar un dolor o eliminar la impureza, en palabras del autor “son la misma cosa” (p.30). Esto resulta importante ya que libera al fármaco, entendido como veneno y remedio,

de algo visto como *bueno* o *malo* y da lugar entonces a pensar en su utilidad y su efecto catártico (Escohotado 1998).

La propuesta del autor nos invita a pensar el uso de las diferentes sustancias como una respuesta frente al sufrimiento y un alivio a la vez. Nos permite correr el foco y reflexionar a través de una postura crítica sobre el uso de sustancias. Inclusive añadirá que frente a una *epidemia de cólera* la respuesta de la sociedad puede variar entre el uso de psicoactivos o no y que será muy posible que se utilicen ambas, aunque luego sea juzgada la primera opción (Escohotado 1998, p.30).

¿Sustancia o sujetos?

Sin dudas, en la cultura grecorromana el consumo de sustancias está más que presente. Baco, también conocido como Dionisio, era considerado el dios del vino. En su honor, se daba lugar a fiestas, consumo y otros excesos. Desde ese entonces y frente a lo anteriormente comentado, es que en la cultura grecorromana comenzaba a surgir la interrogante en torno a cómo resolver o qué hacer con aquellos que consumían esta sustancia. Como menciona Fabián Naparstek en *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo* del 2005, en la tragedia conocida como "*Las Báquides*" se presenta Dionisio frente a Tebas para mostrarle los *placeres* que conlleva el consumo del vino. El rey de ese momento, Penteo, se opone a dichos actos y pretende encarcelar a todas aquellas mujeres que consuman la sustancia, así como también a Dionisio (p.13). El autor destaca una de las discusiones centrales de la tragedia, la misma trata de la ubicación del problema. En este caso ya se comienza a pensar sobre cuestiones subjetivas. El planteo gira en torno a si el problema es de la sustancia o del que la consume (Naparstek, 2005). En respuesta a esta disyuntiva se propone una postura intermedia, dirá Platón:

Empezaremos haciendo una ley que prohíba a los jóvenes probar el vino hasta la edad de dieciocho años [...] y hasta los treinta años nuestra ley prescribirá que el hombre pruebe el vino con medida, aunque absteniéndose radicalmente de embriagarse bebiendo en exceso. Luego, una vez alcanzada la cuarentena, nuestra ley permitirá en los banquetes invocar a todos los dioses y, va de suyo, una especial invocación dirigida a Dioniso en vista de ese vino que, a la vez sacramento y diversión para los hombres de edad, les ha sido otorgado por el

dios como un remedio (phármakon), para el rigor de la vejez, para rejuvenecernos, haciendo que el olvido de lo que aflige al anciano descargue su alma (como se citó en Naparstek, 2005, p.14).

Nuevamente se presenta la noción de phármakon como remedio para calmar el dolor del *alma*. Aquí se agrega algo nuevo, el olvido.

Aparición del término toxicomanía

Si bien la historia del consumo de sustancias data de mucho tiempo atrás y resulta ser una práctica milenaria, el término toxicomanía no es empleado desde el comienzo. Naparstek (2005) sitúa el momento en donde emerge el concepto como tal: la guerra civil americana de 1860-1865. Es aquí, dirá el autor, en donde se comienza a implementar la morfina en hospitales para aliviar los dolores producidos en combate. “(...) cuando termina la guerra comienzan a aparecer las adicciones a la morfina; a esto se lo llamó <mal militar>” (p.17). El autor ubica un segundo momento central en el uso de la morfina, este es a fines de la guerra franco-prusiana de 1870 en donde se da una producción masiva de la sustancia. Es en este punto en donde surge la noción de abstinencia, entrando entonces por primera vez en la órbita de la medicina (p.17). Con la llegada del siglo XX se crea el Congreso americano el cual pasaría a encargarse del estudio del consumo de sustancias, lo llamarán *Comité sobre la adquisición del hábito* (Naparstek 2005). Para Escohotado (como es citado en Naparstek 2005), la novedad radicó en entender que el *hábito* formaba parte de una función del denominado *síndrome de abstinencia* (p.18).

Entonces, quienes antes eran juzgados por el uso de sustancias psicoactivas y catalogados en “buena” o “mala” fe, pasan a ser estudiados a partir de la aparición de síntomas asociados a la abstinencia. Con el correr de los años y con la aplicación de diferentes prohibiciones en torno al consumo de ciertas sustancias, es que finalmente el Comité cambia su nombre a *Comisión sobre Toxicomanía*.

La sustancia y sus efectos

Continuando con las aproximaciones a la noción de la toxicomanía a través de la historia, es que revisaremos la propuesta de la Organización Mundial de la Salud (OMS). La OMS, en su *Comité de expertos en drogas toxicomanígenas - séptimo informe* de 1957 define la toxicomanía como: “(...) un estado de intoxicación periódica o crónica producido por el consumo repetido de una droga (natural o sintética)” (p.10). Para esto, se destacan como principales características la *compulsión* a seguir consumiendo la sustancia, así como también el incremento en la cantidad de la dosis. Por otra parte se destaca también “una relación de dependencia psíquica (psicológica) y generalmente física” para con los efectos que produce la sustancia (p.10). Así mismo, se plantea que el consumo de sustancias, es una práctica que constituye un impacto tanto para el individuo como para la sociedad (OMS, 1957).

Si bien la OMS mantiene el concepto de toxicomanía, pareciera que el mismo se define más por la sustancia y sus efectos, que por el sujeto en su singularidad. Se habla del abuso de tóxicos, de la tolerancia a los mismos y de la tendencia al aumento en la cantidad de consumo para lograr el mismo efecto. De igual manera, se plantean diferencias en torno a qué sustancia se consume. Para la OMS, los tóxicos se diferencian a partir de sus efectos y el denominador común entre ellos es la dependencia que genera en el individuo, ya sea física o psíquica (OMS, 1957).

Consumo de sustancias y su abordaje desde la psiquiatría

El consumo como trastorno

Uno de los aportes por parte de la psicopatología a la problemática del consumo de sustancias es la del DSM-IV-TR: *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* del 2002. En el mismo se establece una diferencia en los tipos de consumo y los diferentes tóxicos. Como hemos visto hasta aquí, también aparece el concepto de dependencia y va a decir que: “Existe un patrón de repetida autoadministración que a menudo lleva a la tolerancia, la abstinencia y a una ingestión compulsiva de la sustancia” (p.218). Se establece como regla general la

dependencia y se introduce el concepto de *craving*, definido como una “necesidad irresistible de consumo” (p.218). Esta necesidad será entendida como tal si el individuo posee al menos tres síntomas dentro de un período de 12 meses (DSM-IV-TR, 2002).

Pareciera entonces que hay algo que se escapa del control del individuo. Con esto se pretende dejar en claro que a medida que la persona consume, mayor tendrá que ser la dosis a efectos de poder generar lo mismo. El abordaje del DSM-IV-TR a la problemática del consumo de sustancias es planteado desde la concepción de un trastorno mental. Al igual que la OMS, hace hincapié en la diferencia entre tóxicos y define una relación de dependencia con los mismos; sin embargo no se propone un posible tratamiento.

En líneas generales, el DSM-V: *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* del 2014, se mantiene similar a lo propuesto en su edición anterior. Se plantea que todas las sustancias que sean consumidas de forma problemática, producirán a nivel cerebral, una activación del *sistema de recompensa*. Continúa el énfasis en los diferentes tipos de tóxicos y sus consumos, manteniendo como denominador común la activación del sistema de recompensa y la noción de *subidón* (DSM-V, 2014).

Por otra parte se habla de: “(...) individuos con menores niveles de autocontrol, que reflejan disfunciones en los mecanismos de inhibición cerebral (...)” (DSM-V, 2014, p.481). En este sentido, se indica que estos individuos presentan ciertos mecanismos que podrían propiciar un consumo abusivo. Además, se sostiene que podrían ser claras las raíces del trastorno teniendo en cuenta el comportamiento del individuo, incluso antes del primer consumo (DSM-V, 2014).

Se plantea entonces que existen ciertos rasgos que podrían indicar una predisposición al consumo, que son definidos como “mecanismos de inhibición cerebral”. Se establece que estos mecanismos, podrían permanecer incluso luego de un período de desintoxicación, constituyendo en recaídas reiterativas y en una necesidad de consumo frente a ciertos estímulos (DSM-V, 2014, p.481-483). Si bien se indica que una aproximación terapéutica podría ser efectiva a los efectos de aliviar lo que produce el consumo, no se establece una indicación clara sobre qué tratamientos y cómo funcionan.

Al igual que en su anterior edición, se establece que para hablar de adicción, el sujeto debe contener al menos dos de los ítems planteados, dentro de ellos también se encuentra el *craving*. Se introduce un nuevo rango de medida que es definido según la gravedad y que se basan en un *sistema de criterios*: "(...) es leve si se presentan 2 o 3 síntomas, moderado si tiene entre 4 y 5 síntomas, y es grave a partir de 6 o más síntomas" (DSM-V, 2014, p.484).

Definir la toxicomanía como un trastorno, da lugar al encasillamiento del sujeto, al recorte. Sylvie Le Poulichet en su texto *Toxicomanías y Psicoanálisis: las narcosis del deseo* del 1987 dice: "Otra manera de abordar este problema consiste en preguntarse por los sujetos que nos ocupan (...) una persona llamada <toxicómana> - en la medida en que se presente como tal - ya está atrapada en esa denominación" (p.18-19). El sujeto que consume y la práctica de la toxicomanía está rodeada de estigmas. Es considerada un *flagelo*.

Para la autora, la noción de fármaco-dependencia se convirtió en el eje central del estudio de las toxicomanías, centrándose únicamente en la relación entre lo orgánico como tal del cuerpo y el fármaco. A saber de esta relación, es que se instala la noción de toxicomanía como una dependencia en un principio meramente física, para luego responderse con una repercusión a nivel psicológico (Le Poulichet 1987).

Ahora bien, antes de que el estudio del consumo ingresara al ámbito médico y como hemos visto hasta ahora, la práctica de la toxicomanía no se veía envuelta en esta dicotomía. Por el contrario, pareciera que mente y cuerpo orgánico formaban parte de una misma cosa y la sustancia influía en ambos por igual. El consumo era visto como medio para aliviar el dolor, un medio para el olvido de los males y la purga. La vía para apaciguar el miedo a ser impuros.

El modelo médico asociado al consumo como trastorno, pretende establecer una simetría entre los dos niveles de dependencia que plantea. Dependencia psíquica y dependencia física parecen formar parte de un *estado* (Le Poulichet 1987).

En palabras de la autora: "(...) esta reducción y esta racionalización del trastorno tienden a excluir al sujeto de su acto; y en el mismo momento, una serie de

significaciones y de cuadros psicológicos vendrán a explicar esta fármaco-dependencia” (Le Poulichet 1987, p.22).

En la actualidad, existe un auge de las terapias cognitivas como abordaje principal de las problemáticas vinculadas al consumo de sustancias. Sin embargo, en un intento por dar respuestas y ajustar a una teoría a todos por igual, se deja de lado el carácter singular de cada sujeto y el enfoque en aquello que los lleva a consumir. Y lo más importante aún, la función que cumple el tóxico. Se habla de sustancia, se habla de sus efectos y de la respuesta que tiene el organismo frente a su uso. Sin embargo, se deja de lado el pensamiento en torno a su verdadera función. ¿Cuál es entonces la verdadera función del tóxico? ¿Acaso el *miedo a la impureza* sigue marcando la práctica del consumo?

Toxicómanos y Toxicomanías

Continuando con la propuesta de la psiquiatría en torno al estudio del consumo es que tomaremos lo presentado por Henry Ey en su *Tratado de Psiquiatría* de 1965. Allí el autor plantea que: “(...) la conducta del toxicómano constituye una perversión que satisface completamente su necesidad (...)” (p.351). Para Ey (1965), el sujeto consume ya sea uno o varios tóxicos en una búsqueda por evitar el sufrimiento y obtener placer. En este sentido, va a decir que ésta práctica se asemeja a la de una perversión sexual, ya que se destaca una característica que es esencial: “(...) la regresión a un placer parcial” (p.352).

Ahora bien, entendiendo lo antedicho ¿Podemos indicar que el autor define a la toxicomanía como el uso habitual de sustancias “tóxicas”?

Para Ey (1965), no es posible definir a la toxicomanía solo como un consumo abusivo de una o varias sustancias. Va a indicar, que no todos los consumidores son toxicómanos. Es por esto que la toxicomanía debe de ser definida por su característica *perversa* en donde se “constituye una regresión instintivo afectiva, un verdadero y profundo desequilibrio de la integración de las pulsiones” (p.325).

Tenemos entonces planteada una primera distinción entre toxicómanos y toxicomanías. Ahora bien, si todos aquellos que consumen no pueden ser considerados toxicómanos: ¿En dónde radica la diferencia?

Ya nos adelantaba Sigmund Freud en su texto *La sexualidad en la etiología de las neurosis* de 1898 la cuestión del consumo separada de una posible adicción. Dirá: "(...) no todo el que ha tenido oportunidad de tomar durante un lapso morfina, cocaína, clorhidrato, etc., contrae por eso una <adicción> a esas cosas" (p.268). Continuará diciendo que si se analiza aún más profundamente la cuestión del consumo, descubriremos que estas sustancias tienen la función de una sustitución, una suplencia. Ya sea directa o indirectamente, la función del tóxico podría indicar la sustitución del *goce sexual faltante* (Freud, 1898, p.268). De todos modos más adelante nos adentraremos en la propuesta del psicoanálisis al respecto del consumo de sustancias.

Retomamos entonces la propuesta de Ey (1965). Para el autor, el problema de la toxicomanía se trata de uno de los síntomas actuales de la *crisis sociocultural*. Es por este motivo, que va a indicar que se escapa o desborda del plano médico. A diferencia de lo planteado por otros enfoques, el autor propone un posible tratamiento y dirá que si bien entiende que ciertas dinámicas grupales podrían dar resultados, remarca la importancia de una desintoxicación individual. La misma se propone en 3 *pasos*. El primero lo define como *principios generales*, que refiere a la internación prolongada con reglas rigurosas de *aislamiento y vigilancia*, en donde se controle tanto las visitas como los elementos que se ingresan al lugar. El segundo paso, será nombrado como *deprivación* y consistirá en eliminar rápidamente la sustancia tóxica. Esto, dirá el autor, chocará directamente con lo solicitado por el toxicómano quien querrá que la sustancia sea retirada de forma progresiva. A su vez, este segundo paso puede ir acompañado de calmantes que logren apaciguar los efectos de la abstinencia. Si bien el autor entiende que frente a lo planteado en este punto pueden surgir ciertas controversias, indica que va a ser clave diferenciar trastornos asociados a lo fisiológico, de aquellos que tengan que ver con la *angustia*. Como tercer y último paso, propone la *psicoterapia*. Aquí el autor destaca que la verdadera dificultad reside tanto en el *diagnóstico* como en el *pronóstico* y, no en la privación total del tóxico (Ey, 1965, p.357-358). En este sentido, va a indicar que si en el toxicómano aparecen y son sostenidos en el tiempo tanto los sentimientos de angustia como los de culpa, una psicoterapia (una vez retirado el tóxico) podría ser efectiva.

Por otra parte, dirá que si por el contrario *la conducta toxicómana* se transita sin culpabilidad: “(...) ninguna psicoterapia suele dar resultado y son solamente las medidas externas (hospitalización muy prolongadas y readaptación social) las que podrán ser de alguna ayuda” (Ey, 1965, p.358). En este caso, el autor considera necesaria la existencia de Instituciones que puedan dar respuesta y tratamiento a estos casos (Ey, 1965).

Aparece entonces la cuestión de la *culpa* como motor hacia una posible cura y se le da lugar central en el tratamiento. Habiendo realizado un recorrido por las lógicas de consumo que se presentaban en el pasado y su abordaje desde diferentes concepciones, es que damos paso a la presentación de lo propuesto por el psicoanálisis en sus estudios sobre las adicciones.

La propuesta del Psicoanálisis sobre las toxicomanías

Consumidores, adictos. Con la etiqueta y el diagnóstico como bandera, el llamado adicto es cuestionado constantemente, su práctica es considerada un *flagelo* social y el abordaje actual deja por fuera su subjetividad, lo limita. Pensar la problemática del consumo y las toxicomanías desde una perspectiva psicoanalítica, es la búsqueda constante de no dejar pasar aquello que es propio de cada sujeto: su dolor, sus formas de atravesar el malestar, su angustia.

El psicoanálisis nos invita a reflexionar, se trata de pasar de lo universal a lo singular. En la temática que nos convoca, el psicoanálisis busca no medir la problemática del consumo por sus efectos a nivel orgánico o inclusive por sus repercusiones a nivel psíquico. La invitación es a investigar al respecto de la función que ocupa el tóxico en la vida de cada sujeto.

Partiendo de la premisa planteada por Jacques Lacan en el *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* de 1964 en donde hay sujeto supuesto saber, existe la transferencia. Se parte de la idea de que es en el encuentro en donde se produce ese saber. Lo que marca entonces la diferencia con otras disciplinas es la posibilidad de un espacio de escucha en donde se puedan resignificar las cuestiones en torno al consumo.

Es a partir de esto que queremos dar cuenta del recorrido del psicoanálisis en torno al estudio sobre el consumo de sustancias, con el fin de poder acercarnos a la forma de pensar dicho consumo y cómo esta práctica se configura en la psiquis.

Sentimiento oceánico

Comenzaremos por presentar lo propuesto por Sigmund Freud en su texto *El malestar en la cultura* de 1930. En el mismo, el autor va a decir que el ser humano tiende a establecer ciertas valoraciones falsas respecto al estatus del otro. Cuestiones tales como el éxito, el poder y la riqueza son más apreciados y por consecuencia, se dejan de lado los *verdaderos valores de la vida*. Esto, al decir de Freud (1930), no trae más que el peligro de olvidar aquellas cosas que marcan la diferencia entre los seres humanos y su vida anímica. Se plantea un desacuerdo entre el actuar y el pensar de los sujetos.

En este punto el autor nos cuenta al respecto de un intercambio de correspondencia con el escritor francés Romain Rolland. Dicho escritor le presenta a Freud un *opúsculo* sobre la *religión* como *ilusión*. Si bien el escritor se muestra de acuerdo con lo propuesto por Freud acerca de las falsas valoraciones, le indicará que eso dejaría de lado el carácter central de la *religiosidad*. La misma, es presentada por Rolland como un sentimiento sin barreras, pleno. Religión vista entonces como sentimiento *oceánico*.

Freud, va a decir que no se puede ver a sí mismo dentro de la plenitud de ese sentimiento *oceánico*. Por tanto, plantea que deberá remitirse a un contenido que se ajuste de la mejor manera a tal sentir. En este sentido, dirá que a lo que Rolland se refiere es a: “un sentimiento de atadura indisoluble de la copertenencia con el todo del mundo exterior” (p.66). Sin embargo, el autor dirá que esa concepción tiene el carácter de una mirada intelectual cargada también de cierto valor afectivo. Así mismo, la idea de que el sujeto pudiera dar cuenta del nexo entre él y el mundo exterior a través de ese sentimiento, resulta para Freud extraño. Dice:

Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí-mismo, de nuestro *yo propio*. Este *yo* nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de todo lo otro. Que esta apariencia es un engaño, que el *yo* más bien se continúa hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico

inconciente que designamos <<ello>> y al que sirve, por así decir, como fachada (...) (p.66-67).

Principio de realidad

Va a plantear que hacia afuera el yo define claros límites. Sin embargo es en el enamoramiento en donde dichos límites, entre el yo y el objeto, parecieran verse frente a la dificultad de mantenerse estables.

Ahora bien, estos límites no se presentan desde el comienzo. Freud, indicará que en un principio el lactante no discierne entre el yo y el mundo exterior y solo lo aprende a partir de ciertas acciones. En este sentido, el pecho materno se le es retirado en determinadas ocasiones y solo se le es devuelto frente a su reclamo. Por primera vez se presenta la diferencia entre el yo y el *objeto*, encontrando a este último afuera. Otra instancia en la cual se enmarca la diferencia, a decir del autor, es al momento de experimentar ciertos sentimientos de displacer. Por tanto, todo sentimiento de dolor va ser llevado fuera del yo para *formar un yo-placer* (Freud, 1930).

Teniendo en cuenta lo antedicho y de este modo, es que aparece entonces el *principio de realidad*. En un primer momento el yo lo posee todo, tanto interior como exterior y luego se establecerá esa distinción. Para Freud ese *sentimiento yoico* se trata de un resto de algo más abarcador. En este sentido, le será importante remarcar que hay algo de lo primitivo que se conserva en una *moción pulsional*. En este caso, el olvido no barre con lo generado, con esa *huella mnémica*. Va a decir que: "(...) en la vida anímica no puede sepultarse nada de lo que una vez se formó (...)" (Freud, 1930, p. 70). De este modo, esta característica permite que esa *huella* reaparezca en ciertas ocasiones.

Ser-Uno con el Todo

Entendiendo finalmente que para algunos sujetos ese sentimiento *oceánico* es real y siendo posible remitirlo a una fase temprana del desarrollo, es que Freud se cuestiona acerca del peso del mismo para que se le otorgue tal importancia en la religiosidad. En este sentido, va a plantear que en él se denotan ciertas carencias

infantiles y la añoranza de un padre protector. Este sentimiento es conservado por la *angustia*. Para el autor, el carácter oceánico de ese sentir se remite a un deseo por restituir el narcisismo. La propuesta de la religión es entonces la invitación a ser uno con el todo (Freud, 1930).

El malestar y sus “calmantes”

La cultura es inseparable del malestar. Freud (1930), dirá que la vida se nos presenta de forma gravosa. Es imposible separar ese malestar. Para ello da cuenta de ciertos *calmantes* y define tres: poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras. Todos estos calmantes tienen el mismo objetivo, reducir el malestar. Dirá: “Las sustancias embriagadoras influyen sobre nuestro cuerpo, alteran su quimismo” (p.75).

En este punto Freud, se cuestiona acerca del objetivo de la vida para el ser humano y qué es lo que éste pretende alcanzar en el transcurso de la misma. La respuesta es sencilla: el ser humano busca la felicidad. Pero sobre todo, mantenerla.

De esta manera, indica que ésta búsqueda trae consigo dos caras. Habla de una meta positiva y una negativa: en ellas se conjugan el deseo por la ausencia de displacer y la necesidad de experimentar grandes sentimientos de placer.

En este sentido Freud plantea que es el principio de placer el que gobierna desde el comienzo. Ahora bien, el problema radicaría en que esta “felicidad” a la que el ser humano aspira, solo es alcanzable por efímeros momentos. Dice: “(...) estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado” (p.76). Esto último podría ser un acercamiento a cierta parte de la problemática del consumo de sustancias y por consecuencia, a la dificultad que presentan los toxicómanos para dejar de consumir (Freud, 1930).

Continuará diciendo que el sufrimiento ataca al sujeto desde tres lugares diferentes. En primer lugar, frente a la amenaza del propio cuerpo que sucumbe en dolor y utiliza a la angustia como *señal de alarma*. En un segundo momento, frente a las exigencias impuestas por el afuera y, en último lugar, en el vínculo con el otro. Frente a esto entonces, el ser humano tenderá a aplacar sus *exigencias* por la felicidad. Así mismo, y tal como se mencionó anteriormente, el principio de placer frente a estas mismas amenazas se transformará en el principio de realidad.

En este sentido Freud dirá que el vivenciar satisfacciones sin una restricción de las mismas constituye una *regla de vida tentadora*. Esto implicaría anteponer el goce frente a los mandatos impuestos, lo que traería consigo sin embargo un *castigo* inevitable (Freud, 1930, p.77).

Intoxicación como escape

Otra respuesta frente a las exigencias de la cultura es el aislamiento. El mismo es utilizado como un recurso para evitar el displacer. Teniendo en cuenta esto es que Freud dirá que existen métodos que pueden aplacar el sufrimiento, que resultan interesantes para el sujeto y atacan directamente al organismo. Indicará que: “El método más tosco, pero también más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación” (p.77).

En este sentido, entendemos que la intoxicación apunta directamente a lo orgánico, a lo real del cuerpo, sin pasar por la palabra.

Freud dirá que existen ciertas sustancias capaces de alterar el cuerpo y crear sensaciones directas de placer, pero del mismo modo su uso altera de forma tal, que bloquean la capacidad de sentir displacer. Continúa diciendo:

Lo que se consigue mediante las sustancias embriagadoras en la lucha por la felicidad y por el alejamiento de la miseria es apreciado como un bien tan grande que individuos y aún pueblos enteros les han asignado una posición fija en su economía libidinal (Freud, 1930, p.78).

De esta manera se presentan dos características principales en el uso de sustancias. La primera se corresponde con una independencia respecto del mundo exterior y la segunda con un escape de la propia realidad. Para Freud, ambas características constituyen lo más peligroso del consumo de sustancias.

Así mismo, dirá que no existe comparación entre la satisfacción de una *pulsión silvestre*, que escapa del dominio del yo y la satisfacción de aquellas pulsiones que

se encuentran enmarcadas en ciertas reglas. Se propone la *sublimación*³ como el traslado justo de aquellas pulsiones que de otro modo se verían restringidas.

Sin embargo se entiende que eso no es posible para todos los sujetos. Así mismo, Freud plantea que si bien estas pulsiones sublimadas se presentan como *más finas y superiores*, no producen el mismo efecto: “No conmueven nuestra corporeidad” (Freud, 1930, p.79).

De igual manera, se plantea que para algunos sujetos que no hayan podido transformar sus pulsiones y componentes libidinales, se presentará como muy dificultosa la posibilidad de encontrar la felicidad en el mundo exterior. Dirá: “Quien en una época posterior de su vida vea fracasados sus empeños por obtener la dicha, hallará consuelo en la ganancia de placer de la intoxicación crónica (...)” (Freud, 1930, p.84).

La cultura de la culpa

Anteriormente mencionamos cuáles eran las tres fuentes de sufrimiento para el ser humano, siendo la última de ellas aquellas que tengan que ver con lo social y el relacionamiento con el otro. Freud dirá que el sujeto es el creador de la *norma*. Sin embargo, es en el vínculo con esta última que el sujeto sufre.

A partir de esto, afloran sentimientos de culpa al respecto del sufrimiento que son impuestos por la propia cultura. Dirá: “(...) seríamos mucho más felices si la resignáramos y volviéramos a encontrarnos en condiciones más primitivas” (Freud, 1930, p.85). De igual manera indicará que aquello que impulsa a todas las actividades del ser humano, tiene por objetivo alcanzar dos metas: la *utilidad* y la *ganancia* de placer. Por tanto éstas también son volcadas a la cultura. Sin embargo, dirá también que la libertad individual jamás será propiciada por dicha cultura.

Así mismo, establecerá un paralelismo entre el desarrollo de esta última y la configuración libidinal del sujeto. Ciertas pulsiones deberán modificarse, trasladarse a otros objetos, tomar otros caminos; siendo, en muchos casos, coincidente con la sublimación de las pulsiones. Sin embargo, Freud planteará nuevamente que no es el único camino.

³ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1996) la definen como: “Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual”. (p.415).

Angustia y Superyó

Tal como se viene desarrollando hasta el momento, el malestar es inseparable de la cultura. Esta última se edifica frente a la renuncia de las satisfacciones pulsionales. El sujeto se ve obligado a seguir ciertos mandatos y exigencias impuestas, en este sentido cada quien debe de encontrar la forma de actuar frente a ese malestar. La cultura impone reglas generales que pretenden englobar a todos los sujetos, sin embargo no existen recetas frente al malestar. Nuevamente, cada quién “optará” por una forma de evitar ese displacer. Freud dirá: “(...) Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” (Freud, 1930, p.83).

Schiller (como se cita en Freud, 1930, p.113) dice: “(...) hambre y amor mantienen cohesionada la fábrica del mundo(...)”. Esto es tomado por Freud como puntapié para comparar aquellas pulsiones subrogadas que pretenden sostener al individuo, entendidas en este caso como hambre; y el amor como lucha por alcanzar el objeto y conservando así a la especie (Freud, 1930).

Es de esta manera que el yo enfrenta una lucha con el sentido de autoconservación y las exigencias de la libido, del cual sale victorioso a partir de una renuncia.

Freud, en su texto *El yo y el ello* de 1923 trae la figura de *ideal del yo o superyó*. El mismo nace por una parte como *residuo* de las fases tempranas en la elección de objeto del ello, de igual manera, se presenta como *formación reactiva* frente a dichas elecciones. Este Superyó tendrá dos funciones principales frente al yo. Por una parte las indicaciones de cómo este deberá ser y, por otra parte, un carácter prohibitivo. El superyó se instala tras el sepultamiento del complejo de Edipo. En palabras Freud: “El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (...), tanto más riguroso vendrá después el imperio del superyó como conciencia moral (...)” (Freud, 1923, p.36).

Freud (1930) indaga acerca del origen de los sentimientos de culpa. Planteará que en un principio el sujeto se siente culpable frente a la idea de haber hecho algo “malo”. Sin embargo, también puede ser castigado pese a no haber realizado algo

que se pueda considerar como malo. Entonces se cuestionará si realmente desde un principio existe tal distinción entre bien y mal. Dirá que para el yo en un origen no existe tal distinción, ya que aquello considerado como “malo” puede ser parte de su anhelo. Es aquí en donde toma lugar lo que definirá como *influencia ajena*. Indicará entonces que el sujeto se angustia frente a la posibilidad de perder aquello que ama. Entonces, en un comienzo, lo malo refiere a todo eso que amenaza con perder ese amor (p.120).

Así mismo, continuará diciendo que el cambio deviene en la instauración del superyó, en donde esa autoridad es interiorizada y se establece esa conciencia moral mencionada anteriormente. Ahora bien, en este tercer momento, Freud planteará que será el superyó quien castigue al yo esta vez. En palabras del autor: “(...) hemos tomado noticia de dos diversos orígenes del sentimiento de culpa: la angustia frente a la autoridad y, más tarde, la angustia frente al superyó” (Freud 1930, p. 123).

Se entiende que la angustia presenta cierto carácter cíclico. En un primer momento esta angustia se da frente a lo externo, teniendo que resignarse a la renuncia pulsional. Sin embargo, con esto, se instaura esa conciencia moral (el superyó) quien enfrentará otra vez al sujeto a la angustia y por consecuencia, nuevamente, a la renuncia pulsional.

Adicción primordial

Tomando en cuenta lo mencionado hasta aquí, entendemos que el escape de la realidad y la independencia respecto del mundo exterior componen dos características centrales de la práctica de la toxicomanía y su función. En este sentido, podemos relacionar directamente su funcionamiento con el autoerotismo.

En un principio, el autoerotismo se relaciona con la pulsión de autoconservación para luego volver a sí mismo. Volver al cuerpo. Se toma a este último como objeto de deseo. Freud, en sus *correspondencias con Fliess: carta nº 79* de 1897 realiza lo que se puede identificar como una relación entre toxicomanías y autoerotismo diciendo: “(...) Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones sólo cobrarán vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, morfinismo,

tabaquismo, etc.)” (p.314). Es entonces y en este sentido, que las adicciones tienden a ocupar el lugar de reemplazar esa adición primaria.

Esta adicción primordial, se presenta para Freud como una mezcla entre la evocación de una fantasía y la operación de la autosatisfacción. En su texto de 1908 *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, dirá que dicha mezcla se trata de una *soldadura*. Soldadura como unión entre lo que originalmente se trataba de una acción autoerótica, destinada únicamente a recibir placer y, lo que luego se anudaría a una *representación-deseo* a partir de un objeto (Freud 1908, p. 142-143). A partir de lo planteado entonces, podemos pensar en un primer momento como una etapa de puro autoerotismo que luego es anudada a una fantasía.

Freud en su texto *Introducción del narcisismo* de 1914 dirá: “Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste (...)” (p. 73). De igual manera se presentará cierta oposición entre ambas (líbido yoica y libido de objeto), generando un juego de tire y afloje. Mientras el foco está puesto en una, la otra pareciera agotarse (Freud, 1914).

Teniendo presente esto, podemos pensar que el consumo de sustancias cumple una doble función, no solo la ganancia de placer, sino también un extrañamiento con el mundo exterior. Así mismo, en un intento por “calmar” el malestar impuesto, se utiliza el tóxico como medio para alterar directamente lo orgánico, sin necesidad de anudarlo a una fantasía.

El lugar del Otro

Ahora bien, entendiendo que el consumo de sustancias lleva al sujeto a un aislamiento, a un desentendimiento con el mundo exterior, en definitiva, a un desentendimiento del Otro; es preciso identificar el proceso y constitución del mismo. Para eso es que tomamos la propuesta de Lacan en *El estadio del espejo como formador de la función del yo* de 1949 en donde se indica que entre los 6 y 18 meses de vida, el sujeto recibe la imagen que le devuelve el espejo logrando el estatuto de una *identificación*. Algo en él se transforma. Dirá:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia (..)

nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (Lacan, 1949, p.87).

En este sentido, podemos ubicar este momento como esencial en la constitución del sujeto. No solo recibe una imagen de sí mismo, sino que también comienza a conocer su entorno y la realidad que lo rodea. Este constituye el primer encuentro con el Otro y con su deseo.

El “desenganche”

Como hemos podido concluir hasta ahora, en las toxicomanías se produce un extrañamiento con el mundo exterior. Naparstek (2005) habla de un *desenganche* respecto del Otro en los momentos de mayor consumo. El toxicómano, encuentra una forma diferente de goce que prescinde del Otro y, ya lo hemos mencionado, que le permite gozar sin estar anudado a una representación. El autor dirá que es un discurso común en los toxicómanos el sentimiento de desborde. Aquello que antes podrían controlar, hoy los controla (p.24).

Esto supone un rol central, al decir del autor, en la clínica. Este punto marcaría el desenlace de la toxicomanía. Cuando el sujeto ya no controla esa *muleta* y se ve en total desconexión con el Otro social, el Otro del lenguaje, allí es donde se ubica la toxicomanía (Naparstek 2005).

Agregado a esto, el autor ubica otro punto central y es el de la toxicomanía como la única respuesta al malestar. Una *toxicomanía generalizada*. La misma respondería a lo planteado por Jacques-Alain Miller: *la inexistencia del Otro*. Esto formularía una división entre los sujetos. Por una parte, se ubican aquellos que responden al malestar con el consumo de sustancias y, por otro lado, aquellos que se deprimen frente al malestar (Naparstek, 2005, p.26). De todos modos, desarrollaremos esto más adelante.

La operación del phármakon

Le Poulichet (1987) habla de la toxicomanía en términos de la operación del phármakon. Para la autora, esa operación representa una *cancelación tóxica del dolor* y la aparición de un objeto alucinatorio. “Sobreviene entonces como en respuesta a una falta de elaboración del cuerpo, que evoca (...) una falta de elaboración del cuerpo pulsional, ligadas (...) a una insuficiencia de la función simbólica” (p.67). En este sentido Le Poulichet (1987) concuerda con que existe cierto repliegue narcisista de la libido que tiene como consecuencia, tal como hemos visto hasta aquí, un desinterés por el mundo exterior. La cancelación tóxica del dolor se integra a la economía libidinal del sujeto. Se integra como una forma de goce.

Le Poulichet retoma la noción de phármakon como un compuesto doble y propone pensar en una *reversibilidad* del phármakon. Esta *reversibilidad* oscila entre lo orgánico y lo psíquico, asimismo *entre un afuera y un adentro*: “Ciertos elementos del <mundo exterior> son presentados como prolongaciones del yo” (p.70).

El phármakon tiene el poder de borradura. Lleva al sujeto a un lugar en donde se anula su división. El phármakon modela un cuerpo nuevo en el cual “no se inscribiría pérdida alguna entre el yo [je] (...) y lo real” (p.72). En este sentido entonces el objeto a, no se separa. Al decir de Le Poulichet (1987):

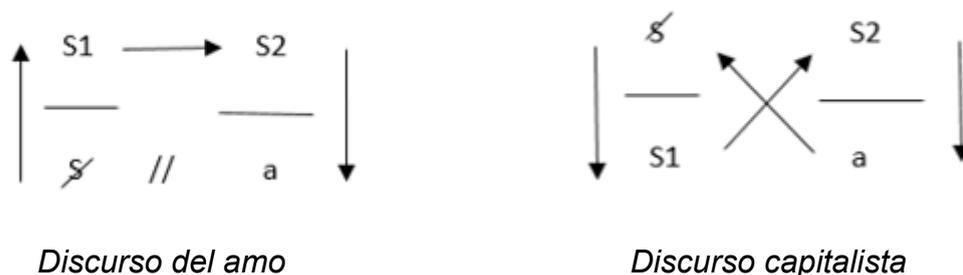
(...) estas formas de apertura al goce vienen a ser un llamado a <hacerse> objeto del goce del Otro, cuando el sujeto no puede engendrarse a partir de la falta y del deseo del Otro. Aquí se precipita una forma de identificación con el objeto parcial (...) Pero en este caso se trata de una identificación fijada que no convoca a otros significantes (p.128).

Entonces, si pensamos en la operación del phármakon como fijación en el sujeto de una cierta forma de autorregulación (*homeostasis*), podríamos decir que la misma se presenta como respuesta a no poder elaborar su deseo en la dimensión del Otro.

Del discurso del amo al discurso capitalista

Lacan en su *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis* de 1969 invita a pensar acerca del discurso como una estructura que trasciende los límites de la

palabra, pero que se estructura bajo ciertas lógicas del lenguaje. El sujeto para Lacan, es el resultado de una relación entre dos significantes. Por una parte el S1 que simboliza el significante principal, el del amo: "(...) la función de significante en que se apoya la esencia del amo" (p.19). En el otro extremo, ubicamos al S2: el Otro. El Otro es la sede del lenguaje, por tanto ocupa el lugar de lo simbólico. El discurso capitalista, en su contraparte, no produce un lazo social. En el mismo, se invierte el lugar que ocupaban los significantes S1 y \$ en el discurso del amo.



Al invertir la posición de los significantes del lado izquierdo, es que nos encontramos con el sujeto barrado dirigiéndose a un saber y al mismo tiempo, le cede el lugar de la verdad al S1. El lugar y el imperativo de goce.

A saber de este discurso Lacan (1972) en la conferencia del 12 de Mayo dirá: "No es que yo diga que el discurso capitalista esté mal, es al contrario algo locamente astuto. En fin, es después de todo lo más astuto que se ha hecho como discurso. No por eso está menos consagrado a reventar". Aparece entonces una cuestión en torno a lo insostenible de este discurso para el sujeto. Continúa diciendo:

Sabemos lo que produce el lenguaje. ¿Qué produce? Lo que llamé el plus-de-gozar, porque es el término aplicado a este nivel, que conocemos bien, que se llama el deseo. Más exactamente, produce la causa del deseo. Y es eso lo que se llama el objeto "a" (Lacan, 1972, p.12).

El discurso capitalista tiene como resultado el empuje del sujeto a gozar. Si lo pensamos de esta forma, podríamos estar ubicando al consumo/sustancia en el lugar de objeto. Y si el sujeto entonces está en estrecha relación con su objeto de deseo sin que medie un Otro, sin aceptar el corte o castración, entonces podríamos estar frente a una liberación de toda barrera. Liberación de todo goce.

El imperativo actual de goce

Jacques Alain Miller en su libro *El Otro que no existe y sus comités de Ética* de 2005 presenta la propuesta de que el Otro no existe. Para Miller, el nombre del padre se ha debilitado y nuestra época está atravesada por la inexistencia del Otro, al decir del autor, la época de los *desengañados*: "(...) el Otro es solo un semblante" (p.11). El autor repara en los nuevos modelos de goce. Lo que antes se presentaba en Freud respecto al Superyó, entendido como productor de culpa, como bandera de la prohibición y el deber, se transforma en la obra de Lacan y cobra un nuevo sentido.

A partir de esto, traemos la propuesta de Lacan en el *Seminario XX* de 1972, en donde se propone una forma de pensar el goce. Para él, la renuncia genera conciencia moral y esa conciencia moral vuelve a generar renuncia. Se trata de un ciclo. Esa renuncia, ese ciclo, se remite a la pulsión misma. El sujeto cada vez cuenta con mayor conciencia moral y, por consecuencia, se ve obligado a renunciar a más cosas. En la actualidad, contamos con nuevas formas de goce. El superyó, que antes era presentado (como lo hemos visto en Freud) como ejecutor de la conciencia moral, pasa ahora a ser el motor del goce. En palabras del autor: "Nada obliga a nadie a gozar, salvo el superyó. El superyó es el imperativo del goce: ¡Goza!" (Lacan, 1972, p.11).

En continuación con lo propuesto entonces por Lacan (1972) es que tomamos los dichos del psicoanalista Mario Goldenberg en *El malestar del Otro* (s.f): "El superyó, podríamos decir ya no es un parásito que se alimenta de renunciaciones, sino que alimenta y promueve el goce autista, en tanto el discurso capitalista sostiene el rechazo al lazo social y al amor". Asimismo el psicoanalista sostendrá que el superyó ya no está estructurado como un agente ético, sino como un *empuje al goce*. Nuevamente entonces vemos la evolución de la función del superyó a partir de los trabajos de Freud y su continuación en Lacan.

El superyó entonces ocupa el lugar de motor del goce, de empuje. Se proyecta en el discurso capitalista antes presentado, en donde el vínculo con el Otro es rezagado, produciendo un rechazo al *lazo social y al amor*. Un desenganche. El goce entonces ya no pasa por un Otro que lo opera, que establece las reglas y modos.

Al respecto del amor, Miller (2005) presenta lo expresado por Lacan (1972) en donde se dirá que aquello que permite dar paso al *plus de goce* del sujeto, es su encuentro

con el *partenaire*. Lacan (como se cita en Miller 2005, p.295) afirma que “el *partenaire* del sujeto no es el Otro, sino lo que lo sustituye como la causa de deseo”. Al respecto de la toxicomanía entonces, Miller la presenta como el *antiamor* ya que ésta prescinde del *partenaire* sexual y se entrega como tal al *partenaire asexuado*, al plus de goce. Hay un sacrificio de lo imaginario a lo real de este (p.295). Es en este sentido que para el autor la característica principal de la época es la primacía del *objeto* a por sobre el ideal, lo expresa en la fórmula: $I < a$.

El sujeto busca, a través de la intoxicación, borrar toda barrera. Es una búsqueda por anular su división. Freda (como es citado en Miller 2005) dirá: “Se trata en estos estados de una elección entre la *afánisis*⁴ y el significante. El sujeto opta por la primera” (p.305). Como resultado frente a la castración y la angustia que ésta produce, el sujeto opta por la *afánisis* como respuesta. Lacan (1975)⁵ dirá que: “(...) de donde resulta el éxito de la droga, por ejemplo; no hay ninguna otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí”. La sustancia, el tóxico, tiene éxito en tanto permite romper el lazo. La toxicomanía entonces se presenta como el mejor ejemplo del imperativo de goce de la época. Lo que para Freud era concebido como una dentro de varias opciones para atravesar el malestar, hoy se vuelve una de las pocas.

Para Freda, no existe una definición de toxicómano sino que hay que llegar a él. El problema central radicaría en la cuestión del nombre y lo que implica sostenerlo. La droga ocupa el *punto de referencia* de la práctica de la toxicomanía y es a partir de esto que se crea un *personaje*: el toxicómano. Este personaje le permite escapar de todo aquello que *impone la función fálica*. El toxicómano deja de ser un sujeto y crea una identidad, un personaje, un *yo soy* (Freda, 2005, p.307)⁶.

Es en este sentido entonces que el goce se presenta por fuera de la ley. Nos encontramos frente a la ruptura de una dialéctica fálica. El desenganche del Otro habilita el goce por fuera del falo como tal. El goce autoerótico toma su lugar. El imperativo de la época da la pauta y la invitación a gozar libremente. Será un desafío para el psicoanálisis poder trabajar con esto y lograr nuevamente el enganche.

⁴ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis (1996): “Palabra introducida por E. Jones: desaparición del deseo sexual. Según este autor la *afánisis* sería, en ambos sexos, objeto de un miedo aún más fundamental que el miedo a la castración”. (p.11)

⁵ En las Jornadas de los cárteles de la Escuela Freudiana de París, abril de 1975.

⁶ En: Miller, J. A - en colaboración con Eric Laurent (2005). El Otro que no existe y sus comités de ética. Buenos Aires: Paidós

Reflexiones finales

El interés por el Psicoanálisis y su *quehacer* surge casi desde el comienzo de la Licenciatura. Resulta interesante el vínculo del mismo con el lenguaje y la palabra. Pero sobre todo, porque se trata de generar un espacio de escucha frente a la angustia y a través de la transferencia. Lo cual, resulta sumamente importante a la hora de enfrentarse a diferentes sujetos. Dar un lugar, permitir tomar la palabra, realzar la singularidad. Esto cobra vital importancia en la temática que nos convoca. La toxicomanía, como hemos visto hasta aquí, ha sido estudiada a partir del modelo médico, por sus repercusiones a nivel orgánico y una eventual respuesta a nivel psicológico. Nociones tales como *dependencia*, *abstinencia* y *tolerancia* se presentan como ejes no solo centrales del consumo, sino comunes a todos. El modelo médico deja de lado lo que hemos visto que se repite a lo largo de la historia. *Phármakon* como respuesta, búsqueda por evitar el *displacer*, eliminar la impureza, veneno y remedio. Si hay algo que podemos marcar como “común” a lo largo de la historia, es esto. Si bien la función del tóxico encontrará su lugar en cada caso, la búsqueda por evitar el *displacer* y obtener una ganancia constituye una de las opciones centrales.

Desde lo propuesto por Freud en *El malestar en la cultura* entendemos que resulta imposible que el sujeto no atravesase el malestar, ya que el mismo es inherente a la sociedad. Entender que la obtención de placer y el alejamiento del *displacer* es tal en el consumo, que el mismo se sigue tomando como una respuesta (aún sabiendo las repercusiones que esto conlleva), es fundamental para comprender el por qué. Es por este motivo que los intentos por prohibir el consumo no llevan al alejamiento del sujeto a la sustancia. Un posible tratamiento, no debería estar enfocado a dar cuenta de los daños a nivel orgánico ya que esto es sabido por quien consume. Asimismo, Lacan se refiere a la ley y el deseo: cuanto más se prohíbe algo, más aún se desea. Los períodos de abstinencia se presentan como casi insoportables, pero es aún más grande el miedo a la *falta*. El temor a asumirse castrado, dividido, da la pauta del motivo y el impulso a seguir consumiendo. Es tal la exigencia, que la única respuesta posible pasa por allí.

Como hemos podido ver, la noción de culpa y el superyó como ejecutor del castigo se presentan en Freud como fundamentales en la toxicomanía. La culpa impuesta

por la cultura. Imposibilidad de poder hacer todo aquello que se relacione con pulsiones más primitivas. Sin embargo, la sublimación de dichas pulsiones no es una vía posible para todos los sujetos. Como resultado: cada quien tiene que encontrar la forma con la cual atravesar ese malestar. La intoxicación entonces se presenta como una de las posibles vías de escape, a esto se le suma la *añoranza por un padre protector* y la intención de volver a esa instancia en donde se era *uno con el todo*. La toxicomanía facilita la independencia respecto al mundo exterior, permite al sujeto volver a estados primitivos, se relaciona directamente con el autoerotismo en donde la ganancia de placer ya no se obtiene de la relación con un otro. La intoxicación no permite atravesar lo simbólico y comienza a apuntar directamente a lo orgánico del cuerpo.

A través de la propuesta de Lacan, es que comenzamos a pensar al sujeto como inmerso en un discurso a través del cual se mueve. El pase del discurso del amo al discurso capitalista, nos da la pauta de las lógicas impuestas en la actualidad. El consumo ya no solo se presenta como una posible respuesta, una de las mencionadas “opciones”, sino que se constituye como una imposición social. El superyó marca la pauta del goce. El cambio de función, permite liberar toda barrera. El toxicómano resulta el producto de una sociedad capitalista que lo empuja al consumo. Si se puede gozar con total libertad y sin la mediación de un Otro, ¿por qué no hacerlo? El *desenganche* le permite al sujeto poder librarse de cualquier exigencia, librarse al goce total y autoerótico.

Es en este sentido que el tratamiento de las toxicomanías suponen un desafío para el Psicoanálisis, siendo que el mismo trabaja con el síntoma, ¿cómo trabajar sobre aquello que pareciera no constituirse como tal? Aquello que queda por fuera de la palabra. Elaborar una posible respuesta se escapa de las intenciones del presente trabajo. De todos modos, se deja abierta la posibilidad a pensar una a partir de aquí.

Bibliografía

- Asociación Americana de Psiquiatría. (2002). *DSM-IV-TR: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (4a. edición). España: Masson.
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2014). *DSM-V: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (5a. edición). España: Editorial Médica Panamericana.
- Escohotado, A. (1998). *Historia general de las drogas* (7a edición). Madrid: Alianza.
- Ey, H., Bernard, P. y Brisset, Ch. (1994). *Tratado de Psiquiatría* (8a. edición). España: Masson.
- Freud, S. (1897). *Correspondencia con Fliess: carta 79*. En Obras completas. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1898). *La sexualidad en la etiología de las neurosis*. En Obras completas. Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. En: Obras completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. En: Obras completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En: Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. En: Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldenberg, M. (s.f.) *El malestar del Otro*. Recuperado de:
<http://www.lacan.com/goldenberg.htm>

Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En: Escritos 1. Buenos Aires: Siglo veintiuno. Recuperado de:
<http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Escritos-I-y-II-Siglo-XXI-Completo.pdf>

Lacan, J. (1964). El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1969). El seminario de Jacques Lacan. Libro 17: *El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1972). El seminario de Jacques Lacan. Libro 20: *Aún*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975). *Jornada de los carteles de la Escuela Freudiana de París*. Recuperado de:
<http://elpsicoanalistalector.blogspot.com/2010/03/jacques-lacan-y-otros-jornada-de-los.html>

Lacan, J. (1978). Del discurso psicoanalítico. Recuperado de:
file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Conferencia_en_Milan.pdf

Laplanche, J; Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. (1ª edición). Argentina: Paidós.

Le Poulichet, S. (1987). *Toxicomanías y Psicoanálisis: las narcosis del deseo*. 2da ed. Buenos Aires: Amorrortu, 2019.

Miller, J.A. - en colaboración con Eric Laurent (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Paidós

Naparstek F. (2005). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Buenos Aires: Grama.

Organización Mundial de la Salud (1957). *Serie de informes técnicos*, 116.

Recuperado de:

http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/37276/WHO_TRS_116_spa.pdf;jsessionid=0354A844F1D837138D8CAFFBDC0A3ACF?sequence=1